



Del lote a cargo de Sur del Jíbaro, hasta mayo se computaban ocho casas terminadas y el resto en otras fases de ejecución.

Fotos: José A. Rodríguez

La otra Mayajigua

En un recodo del poblado cobra vida un barrio de confortables viviendas para familias afectadas por el huracán Irma

José Luis Camellón Álvarez

Tal vez los pobladores que peinan canas sean a los que más impacte el nuevo barrio que se incorpora al poblado, no solo por tratarse de casi 50 casas que harán la novedad una vez queden habitadas; es que muchos de ellos recuerdan todavía al Mayajigua de antes, un conglomerado de ranchos que al paso de los años ha ido transformando su fisonomía urbana.

Las casas que le nacen a Mayajigua se funden a una historia constructiva que perdurará en la memoria del pueblo si consideramos que allí está el polígono del resurgir de la tipología Sandino en Sancti Spíritus; sin embargo, la nota singular desde el lado humano proviene de esa hornada de constructores llegados de los más variados perfiles de las ramas agropecuarias.

CONSTRUCTORES DE COSTA A COSTA

A más de 20 meses del estrujón de Irma nadie pondrá en duda que la Empresa Agroindustrial de Granos Sur del Jíbaro, enclavada en La Sierpe, ha sido una de las grandes protagonistas de la recuperación en Yaguajay. Luego de participar en la ejecución de las casas de tabla de palma en Seibabo, tienen a su cargo el mayor lote de viviendas en el reparto Frente Norte de Las Villas, como se le denomina al barrio cuya edificación comenzó en marzo del 2018.

“En estos momentos hay 48 viviendas en ejecución, 16 asignadas a la entidad arrocera; las restantes se reparten entre las empresas de Suministros Agropecuarios (Sancti Spíritus), Obdulio Morales (Yaguajay) y



Rubén Calzada extraña las terrazas arroceras de Mapos.

Cubatabaco (Cabaiguán)”, explicó José Pérez García, un jubilado que ante la necesidad volvió a calzar los arcos constructivos y funge como técnico de la obra.

“No teníamos experiencia con este sistema, mucho menos los obreros de la arrocera, acostumbrados a otros oficios; sobre la marcha todos tuvimos que aprender del sistema Sandino” detalló José Pérez.

Además de la novedad que supone retomar la tipología —una solución constructiva de prefabricado de pequeño formato empleada de forma masiva en Cuba en las primeras décadas de la Revolución—, Pérez García aseguró que se ha intentado garantizar la calidad de forma aceptable según las especificaciones del proyecto. “Es una vivienda de urgencia, pero tiene un valor; debe quedar bien hecha, por eso nos enfascamos en hacer cada paso lo mejor posible”, expresó.

¿Cómo ha podido moldear a una fuerza acostumbrada a las terrazas y potrereros?, indagó Escambray.

“Cuando el obrero es bueno en el trabajo, no importa su oficio, se deja guiar para mejorar su desempeño y sobre todo tratan de aprender. Claro, lo principal es que ellos han tenido deseo, se han tomado esta tarea muy en serio, ni reparan en que se desplazan de una costa a otra o en que están albergados, lejos de sus casas. Al enterarme de que los constructores que tendría eran arroceros pensé: ¡Oh!, me voy a volver loco; pues nada, nos hemos entendido, algunos hacían labores de construcción, han aprendido mucho y en esos primeros cuatro módulos terminados vea los resultados”.

COMO SI FUERA LA TERRAZA

La tropa de la Arrocera llevó a Mayajigua los mismos códigos laborales establecidos en Peralejos, Mapos o Las Nuevas: aprovechamiento de la jornada, organización del trabajo, disciplina y cumplimiento de lo programado.

Yunier Batista Peña, ejecutor de la obra, tuvo su bautizo constructivo en las casas de Seibabo y reconoce que el barrio de Mayajigua no ha sido una encomienda fácil. “Todas las fases han dado trabajo, aunque lo más difícil fue echar los cimientos; pero hay que echar pa'lante, acabar estas casas lo más pronto posible porque hay familias esperando”.

Rubén Calzada Calzada, un integrante de la Unidad Básica de Producción Cooperativa Mapos, había cursado de joven la escuela de la Construcción, pero fue el panorama dejado por el huracán Irma el que lo llevó a mutar de obrero agrícola a albañil.

“Usted no se imagina las ganas que tengo de estar metido otra vez en un campo de arroz, pero esta obra es la terraza que nos toca ahora, requiere sacrificio y estamos dando el máximo para dejarle a este pueblo nuevas casas; fíjese, que no están terminadas y ya la gente lo agradece. Bueno, si cuando regrese a La Sierpe me toca enrolarme en la construcción de viviendas que se anuncia por allá, no me asustaría seguir con la cuchara de albañilería”.

No sé vivir sin los niños

Una educadora con casi cuatro décadas de labor en Círculos Infantiles abre su alma a los lectores de Escambray

Texto y foto: Delia Proenza

La sonrisa y la bonanza en el rostro no se le desdibujan. Son las mismas de cuando, décadas atrás, mis niñas se lanzaban a sus brazos, como quien sabe que el amor anida allí. Es la misma mujer ágil y maciza, pero con canas de 39 años en un ajeteo eterno, el de nunca acabar, porque no lo cree posible.

“Yo no sé estar fuera del círculo infantil. Te digo sin hipocresía: sin los niños no sé vivir”, declara. En un breve lapso de apenas tres meses del 2016 tuvo dos pérdidas enormes, cuenta, y solo los pequeños bajo su custodia, que son para ella el mayor deleite, la sacaron del bache.

“Tuve que regresar urgente”, evoca, y se sumerge en reflexiones sobre la inminente jubilación, en febrero del año venidero, cuando su ausencia será breve, porque retornará. La nombraron Ramona Trejo Sáez, pero alguien un día la llamó Mónica y luego los chiquillos acortaron su apelativo. Desde entonces es Moni.

Lo mismo puede vérselo, cual abeja reina, en medio de un enjambre juguetón, que invitando al sueño con tono persuasivo o intercediendo en un conflicto por algún juguete. “Los amiguitos se respetan y deben compartir”, les dice. Y es eso lo que luego reproducen en sus casas; lo sabe por los padres, que escuchan a sus hijos mencionarla ante la mínima discrepancia.

“¿Lo que más disfruto?, el juego con ellos. Me gusta, porque echan a volar su imaginación, son muy creativos. Tenemos una granja preciosa: dan de comer a los animales, ordeñan las vacas, siembran y recojen las cosechas de vegetales...”. Centenares de adultos que vienen y van por las calles espirituanas fueron sus pupilos, pero ella todavía los llama niños.

Todos la quieren, aunque ella no los reconozca a primera vista: el

que la saludó en el hospital, en su traje de especialista; el que tenía ojos nostálgicos al acercarse al círculo infantil y pronto egresará de la Universidad; la que se desempeña como trabajadora por cuenta propia y tiene hijos bajo su ala. Es como un pacto de reciprocidad.

No me espero esta revelación sobre sus orígenes: “Nací en Sagua la Grande; estudié en la Escuela de Educadoras de Círculos Infantiles de Santa Clara y vine para acá mientras allá concluían e inauguraban Ositos de Peluche. Aquí me quedé”, relata. Primero en Gilberto Zequeira, y al cabo de un año, cuando tuvo a su niña y la matriculó en aquella institución, en Los Muñequitos.

Del centro situado en la intersección de Carretera Central y Avenida de los Mártires, frente al edificio inicial de la Universidad, no ha podido moverse en todo este tiempo, por razones sentimentales. Tiene un círculo infantil próximo a su vivienda, en el reparto Olivos II, pero la atrapan los chiquitines que llegan, en grupos sucesivos, allí desde donde cursó la Licenciatura en Educación Preescolar, primero, y la Maestría en Ciencias de la Educación, después.

“Siento deseos de venir aquí hasta en las vacaciones. Los padres de los niños son mi familia, porque la otra familia la tengo lejos. Muchas de mis compañeras de antaño ya no están, pero me siento bien aquí”, confiesa bajo un frondoso árbol de mango, a un costado del patio donde los niños corretean.

Creó poesías sobre el Comandante en Jefe Fidel Castro, que hoy se escuchan en las voces infantiles, luego de ser presentadas por ella, como parte de un folleto, en el Fórum de Ciencia y Técnica. Moni habla con el alma. Yo reparo en las lágrimas que comienzan a brotar por las esquinas de sus ojos. “Me parece que no aguantaría un mes fuera del círculo. Decir ‘ya’, no puedo”.



La dulzura de Moni es percibida por cada uno de los niños que pasan por sus manos.